

www.puntodelectura.com

FERNANDO TRÍAS DE BES

El coleccionista de sonidos

punto de lectura



Título: El coleccionista de sonidos

© 2007, Fernando Trías de Bes

© Santillana Ediciones Generales, S. L.

© De esta edición: abril 2008, Punto de Lectura, S. L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España) www.puntodelectura.com

ISBN: 978-84-663-2114-3

Depósito legal: B-15.057-2008

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño de portada: Beatriz Rodríguez

Fotografías de cubierta: Getty Images

Impreso por Litografía Rosés, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

A Joan, Mariló y Rebeca Marín.

Señores, ¿os agradaría oír un hermoso cuento de amor y de muerte? Se trata de la historia de Tristán e Iseo, la reina. Escuchad cómo, entre grandes alegrías y penas, se amaron y murieron el mismo día, él por ella y ella por él. El relato de sus amores se extendió por la verde Erín y la salvaje Escocia, se repitió en toda la isla de Miel, desde el muro de Adriano hasta la punta del Lagarto, halló sus ecos en los bordes del Sena, del Danubio y del Rhin, encantó a Inglaterra, Normandía, Francia, Italia, España, Alemania, Bohemia, Dinamarca y Noruega. Su memoria durará mientras exista el mundo.

Inicio de *Tristán e Iseo*

INTROITO A LOS CUADERNOS

Invierno de 1905

Mi nombre es Jürgen zur Linde y soy sacerdote.

Ignoro si este texto que mi temblorosa mano borda verá algún día la luz. Lo más probable es que la humedad y el tiempo deshagan estos cuadernos; o que se pierdan entre los escombros cuando los muros de esta abadía, mi morada, se derriben para construir en su lugar un palacete, una mansión o una residencia de verano; o tal vez, simplemente, permanezcan para siempre en la oscuridad del nicho donde los hallé.

Durante mucho tiempo creí que esta historia no me pertenecía. Hoy ya no estoy tan seguro. Es por eso que he decidido mantenerla oculta, incluso después de mi muerte, porque, de algún modo, ya formo parte de ella.

No es el único motivo: también tengo miedo.

Sí, soy sacerdote.

Y como tal no debería sentir temor más que del Buen Dios. Pero yo he sido testigo de la fuerza de una maldición, de su inmenso poder, de su verdad. Y no hay ser humano, consagrado al saber o al ocio, a Dios o a su familia, nacido burgués o campesino, que sea inmune a una maldición.

Y es que desde que leí por primera vez estos cuadernos no ha habido una sola noche que no me haya

despertado envuelto en un sudor frío y que no la haya pasado en vela leyendo su contenido una vez más. Y tras volver la última página esperaba despierto a que llegase la luz del alba para clamar al Señor: «¡Oh, Dios mío! ¿Cuál es tu voluntad? ¿Qué deseas de tu siervo?».

Pero Dios jamás respondió. O quizá fui yo quien no supo escuchar sus respuestas en mi interior, un interior demasiado alborozado, agitado y confuso. En cualquiera de los dos supuestos, dichas preguntas siguen resonando en mi cabeza como el eco de las voces de los pastores en las cumbres. Ante la ausencia de respuestas uno sólo puede entregarse al silencio, así que mi decisión está tomada: volveré a ocultar estos cuadernos ahí donde los hallé escondidos. A nadie desvelaré su palpar, a nadie. De este modo la divulgación o destrucción de este texto será una cuestión ajena a mi voluntad.

Alguna vez he pensado durante los breves paseos que gozamos antes de completas que obro así para protegerme, para erigirme en inocente a sabiendas de la verdad, como cuando un letrado proclama la inocencia de un testigo que ha presenciado un ahogamiento en un lago: la siempre dudosa omisión. Quizá estoy mirando a otro lado, quizá pretendo ocultar mi propia naturaleza. No lo sé.

He tomado esta determinación y aun así me corroe la curiosidad. ¿Ofrecerán de nuevo estos cuadernos sus secretos a los ojos de algún mortal? Y de ser así, ¿cuándo? ¿En veinte años? ¿En cincuenta? ¿Un siglo? ¿Acaso mil años? ¿Qué quedará de mi Alemania cuando esto suceda? ¿Qué se sabrá del siglo de tormentos, revoluciones, cambios, progreso y confusión en el que me ha

tocado vivir? ¿Habrán sido olvidadas las óperas de Von Weber, Wagner y Offenbach?

Nadie podrá abarcar esta historia en su totalidad si la memoria se rinde al olvido y estos tiempos de odio y amor se sumergen bajo tierra para convertirse en corteza del mundo. Es menester comprender en qué circunstancias fueron escritos los cuadernos que el Padre Stefan ocultó en su celda, la que heredé a su muerte.

¡Oh, Señor, no tengas en cuenta mi soberbia! He decidido ocultar esta historia de lujuria y pecado y, sin embargo, me empleo en adornarla con mis propias palabras por si algún día llega a manos de algún mortal. Espero, Todopoderoso, que comprendas que aparte de hombre de Dios, lo soy de carne. Mi orgullo y mi celo son legítimos: un artista ocultará la escultura prohibida, pero no por ello dejará de pulirla con su cincel en la soledad de su taller.

*

Los cuadernos que siguen a este introito fueron escritos por el Padre Stefan, un benedictino como yo, a quien no tuve a bien conocer personalmente. De hecho, yo acudí a la abadía de Beuron a ocupar su lugar. El Padre Stefan vivió hasta mediados de 1875. Murió recién cumplidos los sesenta y seis años.

A pesar de no haber conocido al Padre Stefan, la totalidad de su carácter me fue revelada sólo entrar en la que había sido su celda. A los benedictinos nos está concedida la propiedad, siempre que no entreguemos nuestra alma a las cosas, porque bien sabe el Señor que,

cuando eso sucede, son las cosas las que nos poseen. No gozan nuestras habitaciones de las comodidades de las villas de los nobles y de los burgueses, no están vestidas con delicados sillones de terciopelo ni esponjosas almohadas, no se nutren de los cortinajes ostentosos que lucen en los palacios de los reyes, pero tampoco están vacías como los aposentos de los religiosos del medioevo. Lejos han quedado las épocas en que las alcobas de los religiosos se asemejaban a celdas de castigo, vacuas y desposeídas.

Sin embargo, la celda del Padre Stefan sí era una celda desnuda. En sus aposentos no albergaba más que una Biblia y cuarenta libros.

Cuando hojeé su Biblia descubrí que, en todas y cada una de sus páginas, las anotaciones hechas con su pluma superaban en número a los versículos, como si el Padre Stefan hubiera dedicado su vida a buscar otras frases entre las frases de las Sagradas Escrituras, como si existiese otra combinación de palabras que pudiera hacer del libro entre los libros un libro mejor, una nueva Biblia que acercase al devoto aún más a Dios. Sus otros cuarenta libros eran de filosofía. Estoy seguro de que no había leído ninguno de ellos porque sus textos estaban incólumes. Es curioso, uno puede siempre apreciar cuándo un libro ha sido o no leído sin necesidad de preguntar a su dueño. Pero no era sólo la virginidad de las hojas: sus cuarenta libros de filosofía estaban repletos de rosas secas. Decenas, cientos... Una cada diez páginas. Ni más ni menos. Cada diez páginas, una rosa... Rosas inglesas, rugosas, eglanterias, damascenas, albas, chinas, musgosas, arbustivas, trepadoras,

virginianas... Por supuesto, yo no conocía todos estos nombres. El Padre Stefan dejaba anotada su denominación mediante un curioso método. En cada hoja donde una rosa habitaba él marcaba con un círculo algunas letras del texto impreso. Parecían letras señaladas al azar. Pero no era así. Puestos uno tras otro, los caracteres revelaban el nombre del tipo de rosa que ahí yacía. Supongo que ésa era toda la utilidad que podían tener para el Padre Stefan sus escritos de filosofía. Él no precisaba leer aquellos volúmenes de ideas y conceptos, así que los había convertido en un archivo de aromas muertos. A buen seguro encontraba todo cuanto precisaba en un solo libro, en aquella su Biblia, un espacio infinito en los confines de su mente.

El resto de su alcoba no contenía nada más, siquiera objetos o recuerdos personales. Y eso era lo que más hablaba del Padre Stefan. Un crucifijo recto, perfectamente alineado con el perfil de un cuadro de la Virgen de la Anunciación; su ventana, intacta, sin marcas que revelasen una apertura apresurada o un gesto grosero. Aquella habitación era la de un hombre sin densidad, sobrio y adusto por naturaleza. Pero no aburrido. Porque la mente de un hombre de un solo libro y miles de flores muertas no puede ser una mente aburrida. El mundo del Padre Stefan era, a todas luces, un intenso mundo interior.

El Padre Stefan apenas hablaba, a pesar de no haber hecho votos de silencio. Así me lo contaron los frailes benedictinos, quienes, entristecidos, añoraban a menudo su compañía. No, no podía haber hecho esos votos porque hubiera sido un fraude. El silencio formaba parte de

él y uno no debe alardear ante el Señor de los talentos que Él le ha concedido.

Existen dos tipos de personas: las locuaces, que suelen estar vacías por dentro, y las calladas, que suelen sentirse plenas. Sin embargo, el Padre Stefan era tan lleno por dentro como liviano por fuera. Y quizá sea eso lo más inusual. Porque el Padre Stefan vivió el siglo de la locura: la época en que los estadistas se rebelaban contra los reyes para reunificar sus reinos; en que los ferrocarriles crecían como hiedras, serpenteantes e infinitas; la época en que las mujeres denunciaban a sus maridos y reclamaban la separación de cuerpos; los tiempos en que una familia ventilaba sus miserias en la plaza y ante los jueces; en que los grandes telares y otras terribles máquinas amenazaban los empleos de los hombres de bien; la época en que el dinero se convirtió en ciencia y en que la ciencia retaba a Dios; en que las cartas cruzaban países a los pocos días de ser escritas; en que los espejos salían de los burdeles para acampar con impunidad en los cuartos de aseo de las doncellas, quienes miraban la desnudez de su cuerpo para cada vez más y más turbarse... La época en que se construían dragones móviles con el simple objetivo de decorar el escenario de un teatro; en que la ópera alemana se escindió de la italiana; los años en que las trompas y trombones podían llevar la voz cantante y relevar a los violines en la conducción de la melodía; en que un coro hacía su aparición en el cuarto movimiento de una sinfonía; en que el sentimiento doblegó a la métrica; en que el amor por una mujer suscitaba en un poeta más que todo su amor por Dios.

Ésa fue la época a la que el Padre Stefan logró mantenerse ajeno. Es inaudito que, en tiempos así, un hombre sólo precisara de rosas y una Biblia.

*

No fue éste mi caso. Cuando tomé el relevo del Padre Stefan y me instalé en esta abadía de Beuron a mí me perseguían los libros, sobre todo los prohibidos. Mis primeros años de sacerdocio fueron difíciles. Se pretendía extirpar de Alemania a los católicos. Pocos lograron ser lo suficientemente fuertes para quedarse. Por ejemplo, nuestros hermanos los jesuitas: ninguno resistió sino en la clandestinidad, oculto en las bodegas de algún burgués católico e intrépido, esos pocos que, recelosos de los alguaciles, celebraban la eucaristía con sus allegados en la penumbra de sus sótanos. Redentoristas, lazaristas, sacerdotes del Espíritu Santo, damas del Sagrado Corazón... Apenas quedó ningún clérigo católico en Alemania: tan sólo los entregados al cuidado de los enfermos. ¿Cómo íbamos a ser ajenos benedictinos o franciscanos a años de exclusión de vida monástica? ¿Cómo no íbamos a abrir nuestras mentes al conocimiento y a lo prohibido si podíamos entrar en las tabernas o en los salones, si podíamos pasar sin impedimentos bajo el umbral de una biblioteca y abrir cualquier libro prohibido, si el obispo o arzobispo más próximo que podía sancionarnos se hallaba fuera de los confines de Alemania?

Fue en aquellos años de persecución al catolicismo cuando me tocó ocupar la celda del Padre Stefan. Considerados los católicos enemigos de Alemania, durante

mis primeros años en la abadía de Beuron los feligreses escaseaban. El tiempo sobraba, así que un día por semana me vestía de paisano, tomaba una de las mulas del establo de la abadía y cabalgaba hasta Tuttlingen, a pocas horas de camino de Beuron. En Tuttlingen, a pesar de ser una población pequeña, había una librería de préstamo fascinante. Pasaba el día ahí, inmerso entre libros, sin siquiera detenerme para comer, alimentado por las palabras. Algunos libros los consumía en sus mesas; otros, los tomaba en préstamo bajo una falsa identidad e inventado nombre: Doktor Schlesinger. Si bien mi presencia en Alemania no estaba amenazada, tampoco era menester airear mi condición de sacerdote católico por los alrededores. En la librería de préstamo entablé una singular amistad con Klaudius, un muchacho de ojos chispeantes y cejas finas a cargo de la entrega, registro y devolución de los libros prestados. Mi continuada presencia en la librería transformó el amable saludo en amistad y, cuando ésta devino en complicidad, Klaudius comenzó a brindarme libros a los que el público no tenía acceso, esos volúmenes que sólo sucumben a las autorizaciones oficiales de los eruditos e historiadores. Obviamente, bajo la identidad del Doktor Schlesinger, Klaudius ignoraba que yo era en realidad un clérigo, así que no reparó a la hora de facilitarme poemas de amor, así como otros textos de ideas prohibidas por nuestra orden y por el Papa. Poco a poco me fue desvelando todos los tesoros que custodiaba aquella peculiar librería: evangelios apócrifos, libros apólogos de religiones prohibidas, novelas eróticas...

Escribo estas líneas y no puedo menos que sentir pudor y vergüenza. Pero... ¿qué es de un hombre que

no es capaz de sincerarse ante un papel? Sí. Así fue. Yo, Jürgen zur Linde, sacerdote, leí decenas de libros de amor y erotismo. No por lujuria, sino porque un hombre precisa conocer otras verdades para hallar la suya. En mi época de seminarista uno de mis formadores siempre me recomendó que abrazase la duda y abordase el pecado si éste me perseguía. «Lo que niegas te somete, Jürgen. Peca si lo precisas. Sólo así lograrás la santidad. No hay mayor poder que lo desconocido: la tentación que la curiosidad suscita no es falta grave, sino ansia de conocimiento. Pero... ¡ay de ti, Jürgen, si es el placer o el deseo de la repetición el impulso que te mueve! Entonces sí que estarás en pecado y tu nombre no será digno de Dios.»

No me corresponde a mí juzgar si el número de lecturas prohibidas fue justo o excesivo, si me limité a la curiosidad o rayé en el ensañamiento. El Todopoderoso tendrá a bien examinar esa verdad cuando el día de mi Juicio Final tenga lugar. Lo que quiero ahora es hablar de cómo hallé los cuadernos del Padre Stefan y no de mi condición de pecador.

*

Una mañana en que la librería de préstamo estaba casi vacía y yo leía un antiguo códice español lleno de ilustraciones trazadas a mano, Klaudius se acercó a mí por detrás. Estaba tan absorto y maravillado por la belleza de los dibujos que no oí llegar al muchacho, así que incluso su débil susurro logró sobresaltarme.

—¿Doktor Schlesinger, ha oído hablar de las *Memorias de una cantante alemana*?

No pude evitar un respingo. Era imposible no haber oído hablar de aquel libro que a tantos había escandalizado. Era una verdadera apología del amor erótico, del amor de sexos, de la desnudez, de los deleites de la carne, de lo goloso y de la obsesión. Era la novela del erotismo alemán por antonomasia y se aseguraba que seguiría siéndolo durante muchos años. Quizá lo más inaudito era que se atribuía su autoría a una mujer: a una de las mejores sopranos que ha dado nuestra germana nación: Wilhelmine Schroeder-Devrient.

Schroeder-Devrient había fallecido en 1860 y, junto con la bella Henriette Sontag, se erigió en la auténtica musa de los compositores alemanes de aquellos años. Schroeder-Devrient inspiró a compositores como Wagner o Beethoven. Había sido un verdadero ídolo de su tiempo. Su vida fue muy agitada, plagada de aventuras sentimentales. El libro *Memorias de una cantante alemana* consistía en una serie de cartas dirigidas a un supuesto amigo, un médico. En ellas una mujer describe con toda profusión de detalles el conjunto de las experiencias sexuales presenciadas y vividas. Erotismo espiado a sus propios padres, carne de hombre con mujer, de mujer con mujer, de mujer consigo misma... Un texto de pecado sobre los placeres de la carne.

El conjunto de todas esas epístolas configuraba un libro. Y ese libro estaba prohibido: *Memorias de una cantante alemana* estaba incluido en el *Index Librorum Prohibitorum*, la relación de títulos que la Iglesia vetaba a los devotos de Cristo. Leer cualquiera de los libros del *Index Librorum Prohibitorum* era una falta tan grave para un benedictino que incluso podía suponer la expulsión de la orden.

No contesté a Klaudius y dejé que siguiera hablando. Lo hizo con un hilo de voz que se tornó tan sensual como excitante:

—Guardamos aquí el manuscrito original de las *Memorias de una cantante alemana* —me aseguró con una expresión de lujuria que aún no he logrado olvidar. Y añadió—: ¿Desea leerlo, Herr Doktor? Puedo dejárselo si promete traerlo de vuelta antes de una semana.

Después me explicó que Cäsar estaba de viaje en Ludwigsruhe y no regresaría hasta el sábado siguiente. Cäsar era el propietario de la librería de préstamo, un hombre delgado, de lentes redondas y nariz amarillenta a quien su pasión por los libros antiguos y los manuscritos originales había casi enloquecido. Una vez al mes viajaba a alguna gran ciudad a proveerse de libros inéditos u otras curiosidades de dudoso interés comercial para los escasos lectores de la pequeña ciudad de Tuttlingen.

El ofrecimiento de Klaudius era único. En cualquier librería, fuese de adquisición o préstamo, podía hacerme con algún ejemplar impreso de las *Memorias de una cantante alemana*, pero... ¡el manuscrito original! Deseaba profundizar en las sensaciones de aquel libro de amor a través de la caligrafía de su autora, una soprano con la valentía de plasmar en palabras los acordes de la libre sensualidad. Estaba firmemente convencido de que mi piel se erizaría cinco veces más con el manuscrito que a través de una simple encuadernación de imprenta.

—De acuerdo, Klaudius.

Convinimos en esperar hasta el mediodía. Klaudius despachó con diligencia a los pocos prestatarios de la

mañana, rellenando las fichas de los libros solicitados. Con paciencia los fue atendiendo hasta no quedar ninguno. Yo aguardaba en una de las angostas salitas de lectura. Después de cerrar el portón de madera de la puerta principal, la librería se inundó de sombras. Envuelto y protegido por ellas, Klaudius acudió hasta mí.

—Enseguida vuelvo —me susurró mi aliado de las letras prohibidas.

Al cabo de unos pocos minutos, en que mi inquietud no fue sino en aumento, apareció Klaudius con una carpeta por cuyos lomos asomaban, desordenados y desiguales, papeles de escritura. La carpeta estaba abrazada por una cinta de cuero y un botón de metal, a modo de cierre. Me fue imposible no ver en aquel botón un enganche de ropa interior de mujer.

—¿Es de Wilhelmine Schroeder-Devrient? ¿Pertenece de veras a la célebre soprano?

—No es seguro —me dijo—, no está firmado. De lo que sí hay certeza es de dos cosas: de que son las memorias reales de una mujer y de que esta mujer era una cantante. Piense: ¿cómo iba una mujer a estampar su nombre en un texto así? En la primera edición el editor ya manifestó el adquirido compromiso de mantener el nombre de la autora en la discreción, así que ningún estudioso pudo acceder a él para averiguar su procedencia. Los eruditos sólo han podido establecer hipótesis comparando el estilo y lenguaje de las *Memorias* con los de la correspondencia que de la soprano se conserva. Muchos son los que a ella le atribuyen este lascivo texto, pero el lenguaje del libro no casa del todo con el estilo de la cantante... Es difícil probar una autoría

sólo basada en un modo de escribir..., ¿no cree? Por otro lado, Claire von Glümer, amiga y biógrafa de Schroeder-Devrient, no ha mencionado estas memorias en ninguno de sus textos. ¿Por qué iba su biógrafa a ocultar su autoría ahora que hace años que la soprano ya no está entre nosotros?

—Pero, Klaudius..., ¿y este manuscrito? ¡Sólo bastaría compararlo con la letra de las cartas de la cantante para saber la verdad!

—Sí, es cierto. Pero Cäsar, el propietario, lo guarda como oro en paño, es su tesoro... A nadie lo ha mostrado. Nadie sabe de su existencia. Si los eruditos supiesen que se halla aquí se abalanzarían sobre él para desvelar la autoría de las *Memorias* de una vez por todas.

—¿Y Cäsar? Él es un devoto de los libros... ¿Por qué no lo ha comparado él?

—Sí lo hizo, Herr Doktor, sí lo hizo... Y le diré lo que halló: la letra, Herr Doktor —aquí Klaudius bajó la voz, como si alguien pudiera oírnos en aquella librería cerrada—, la letra... ¡no es de Schroeder-Devrient! Cäsar lo comprobó personalmente y me aseguró que no tenía nada que ver con la caligrafía de la diva alemana. Así que este original de las *Memorias de una cantante alemana* está escrito por otra mujer... O Wilhelmine lo dictó o son de otra soprano... ¿Comprende? Esto no lo sabe nadie, nadie... Y... ¿de qué soprano? No lo sabemos, pero sólo de una mujer pueden surgir las palabras, expresiones, sentimientos y sensaciones aquí plasmadas... Usted mismo podrá comprobarlo... Ahora debo irme. Es tarde. Sobre todo no lo olvide. El sábado, antes de las doce, este manuscrito debe estar otra vez

aquí... De lo contrario tendríamos problemas, Doktor Schlesinger. Los dos tendríamos problemas...

*

¡Oh, señor! Tú bien sabes que bajo la inflamación y el apetito de la carne los hombres se vuelven torpes, estúpidos e imprudentes; aquella misma tarde, sólo llegar a la abadía de Beuron, atravesé el patio y los pasillos con las eróticas *Memorias de una cantante alemana* bajo mi brazo, disimuladas entre otros libros. ¡Qué insensato! Sólo que uno de los frailes benedictinos se hubiese detenido a saludarme, se habría interesado sobre los títulos que había tomado prestados en la librería aquella tarde. No habría sido algo inusual. Muy a menudo yo mismo mostraba orgulloso a los religiosos con quienes convivía en aquella morada del Señor los volúmenes de historia y libros de los clásicos que tomaba prestados. Pero cuando a uno vence el anhelo su lógica se nubla como la bruma de la mañana de los bosques bávaros, y actúa el hombre como un ser impune, como si su culpabilidad jamás pudiera ser probada.

Por fortuna para mi buen nombre, alcancé mi celda sin ser interceptado por más que una de las buenas mujeres que mantenían la limpieza de la abadía y que se limitó a agachar la cabeza a mi paso.

Entré en mi habitación y cerré la puerta. Fue entonces cuando noté que el manuscrito transmitía a mis dedos una especial tensión. No me refiero a un nerviosismo que partiese de mí. Era algo más sutil y extraño: el cosquilleo que recorrió mis manos emanaba de la

carpeta... Como si aquellas hojas tuviesen vida y una fuerza en su interior no lograrse serenarse y pugnase por salir a flote.

Depositó aquel texto prohibido bajo mi camastro y me apresuré a reunirme con el resto de miembros de la orden.

Durante la cena, mientras llevaba una pieza de fruta hasta mi boca, sentado sobre el alargado banco de madera donde los miembros de la orden cenábamos en silencio con el rumor de las Sagradas Escrituras de fondo, reflexioné sobre el temblor de mis dedos. ¿Había vibrado el manuscrito? ¿Tenía eso sentido? ¿Podía un papel temblar? ¿Tener vida? Y en tal imposible supuesto..., ¿por qué un texto amoroso de una tan afamada cantante iba a alborozarse por entrar en la alcoba de un anónimo sacerdote benedictino como yo? No. Mi sensación no revestía lógica alguna. Pero tales pensamientos me inquietaban. Tal vez mi desatado frenesí por leer aquellos pergaminos de amor terrenal trasladaba mis propias tentaciones a las cosas para, de este modo, situar la culpa y la acción en el otro. Si no había persona a quien atribuir mi inminente pecado... ¿no era lo más lógico achacar mi ansiedad al objeto de deseo? ¿Y a quién sino al propio manuscrito? Eso fue lo que pensé mientras apuraba la cena en silencio.

Aquella noche mi paseo por el jardín previo a retirarme a mi celda fue más breve de lo habitual. Dos monjes conversaban de forma acalorada sobre la recién estrenada infalibilidad del Papa, promulgada por Pío IX, y se acercaron a mí para conocer mi punto de vista. Balbuceé una respuesta poco comprometida y manifesté mi deseo

de acostarme. Amparé mi decisión en los incipientes nubarrones que emborronaban las estrellas del cielo, pues ciertamente amenazaba tormenta. Pero en realidad mi precipitación por regresar a mi celda era debida al temor a que alguien descubriese las *Memorias* y a mi acuciante deseo de acometer su lectura. No me entregaría al texto hasta bien entrada la madrugada, cuando el resto de los benedictinos durmiesen y cualquier inquietud en mi propio cuerpo no sufriese el riesgo de ser intuida por mis vecinos de celda. Una agitada respiración, un movimiento en el lecho, un paseo descalzo por la fría piedra o un pecaminoso balanceo —cualquiera de las posibilidades que esa noche me esperaban— podrían, sin duda, llamar la atención de un alma despierta.

Cuando entré en mi celda lo primero que hice fue mirar bajo la cama para asegurarme de que el manuscrito seguía en su sitio. Después decidí cambiarlo de lugar. Lo deposité en la estantería junto a los cuarenta libros de filosofía del Padre Stefan. Me aparté dos pasos. No era un buen sitio. Destacaba de forma impúdica entre los dorados y puros lomos de aquellos prados de rosas prensadas. Tomé de nuevo la carpeta y la deposité en el interior del armario, donde mis dos hábitos de repuesto colgaban tiesos, como ahorcados. ¿Por qué volver a esconder lo que ya estaba bien escondido justo cuando el celador estaba presente? Yo mismo intuía que no era nerviosismo, sino la misma y exacta sensación que había recorrido mis dedos al acariciar el papel de aquel manuscrito. Era como si las memorias de aquella soprano hubiesen tomado vida en mi alcoba y buscasen un lugar, un lugar concreto...

Después me puse a dormir, a sabiendas de que en menos de dos horas estaría leyendo uno de los libros del *Index Librorum Prohibitorum* de la Iglesia católica.

*

Un hombre puede confesar sus pecados, pero no se le puede exigir que desvele los detalles. Mi cincel alcanza hasta donde alcanza, y los cuadernos del Padre Stefan que a continuación suceden a esta humilde introducción contienen suficientes pecados como para contribuir yo con los míos a agrandar la bajeza de este texto: debían de ser las dos de la madrugada cuando apuré la última de las páginas escritas por Wilhelmine Schroeder-Devrient.

La tenue vela que había utilizado para mi lectura teñía de un aspecto cálido mi estancia. La ternura y la caricia se habían impregnado en sus paredes. Las puertas de mi armario estaban abiertas. En mi ansia por comenzar a leer las había dejado extendidas tras tomar de su interior aquellas inmorales hojas. Mis sotanas me observaban tristes. Sus propias sombras engrandecían su aspecto, como si no me perteneciesen a mí: imaginé a un benedictino grueso, glotón, envidioso y vago... Un deshonroso benedictino con todos los pecados capitales. Todos. También el de la lujuria. ¡Maldita juventud! ¡Apenas tenía veintiocho años!

Volví en mí. Fue entonces cuando el manuscrito que se había metido en mi alcoba cual amante prohibida comenzó a temblar por sí solo. Estaba desparramado sobre mi lecho, desnudo, sin tapas que lo cubriesen. El más absoluto desorden. Los perfiles de las páginas contrastaban

con el blanco de mis sábanas y formaban ángulos de tijera abiertos, infinitas uves, cortantes y afiladas, con un sanguinario punto imaginario en el centro. Sí, parecían moverse como cuando las tijeras se abren y cierran, como si fueran muslos de bailarinas que se desplazan sobre el escenario. Me froté los ojos. No había dormido nada. Estaba exhausto, aunque relajado. ¿De verdad se movían los papiros o era mi agitada imaginación? ¿Acaso sufría la abadía un temblor de tierra? ¿O es que nuestros cimientos se zarandeaban por la furia del Señor? ¿Qué sucedía?

Se me pasó por la cabeza que el Maligno estuviera entre aquellas hojas de pecado, así que, al tiempo que rezaba un avemaría, metí todas las hojas entre las cubiertas y abroché de nuevo aquel botón de bronce que en la librería me había recordado el de un corsé. El temblor de las hojas se trasladaba a mis dedos. ¿Y cómo era ese temblor? No era el traqueteo de un tren, no era un tiritar de frío, no era el castaño de dientes de un enfermo de rabia... No. Yo sabía a la perfección que estaba ante el mismo temblor que siente en su piel un hombre cuando está cerca de la mujer que anhela, el mismo temblor de los dedos del amante novel que acaricia unos senos femeninos por primera vez. Sí: aquel manuscrito temblaba de amor. Fue caer en la cuenta de ello y mis ojos se pusieron al instante entre dos piedras de una de las paredes de mi celda. Eran dos piedras que estaban algo más separadas que sus contiguas. También la masilla que las unía era de un tono algo más ocre que el resto, como si tras ellas una humedad amenazase el calor de mi estancia. Una especie de intuición impregnada de certeza dirigía mi voluntad.

Acerqué las *Memorias* a ese reducto de la pared, como un zahorí cuando mueve su bastón hacia delante, ahí donde su propio temblor indica que encontrará el agua que ha de calmar su sed. Si antes percibí un ligero temblor, ahora el manuscrito emitió unos espasmos propios de un endemoniado. Preso del pavor, lo hice a un lado. Estaba claro. Había algo entre aquellas dos piedras, justo detrás de la arcilla seca. Así pues, clavé mis dedos en la pared y rasqué. Una especie de masilla arenosa se desprendió con cierta facilidad. Escarbé una capa; después, otra. Mis manos parecían tomar por las solapas a la pared. La tierra era cada vez más fresca, parecía transformarse en el barro tierno que el alfarero utiliza para redondear sus vasijas. Mis uñas rompían el silencio mientras escarbaban con un ansia parecida a la de un profanador de tumbas.

Al pronto la arcilla dejó entrever un hueco.

Un relámpago iluminó mi celda.

El agujero que quedó ante mí estaba oscuro. Tenía casi medio metro de largo. Había algo en el interior. Introduje la mano y extraje una especie de paquete envuelto en cuero. ¿Qué era? Lo puse sobre la mesa de mi alcoba y lo desenvolví. En el interior aparecieron tres cuadernos, unidos por una fina cuerda.

En aquel preciso instante las *Memorias* dejaron de temblar, como si por fin hubieran cumplido su misión, como si ya pudiesen descansar tranquilas, como si hubiesen existido sólo para haber llegado hasta ese lugar...

Así fue como hallé los tres cuadernos que suceden a esta humilde introducción y que quienquiera que haya encontrado se dispone a leer. Fueron escritos y escondidos

en su celda por el Padre Stefan durante el otoño del año 1865. En ellos el sacerdote transcribió una confesión entera, tal y como surgió de la voz del tenor que ansiaba liberar sus tormentos antes de morir: Ludwig Schmitt von Carlsburg.

Yo los leí de un solo tirón la misma noche que los hallé, la misma en que leí las *Memorias de una cantante alemana*. ¡Oh, Dios mío! ¡Qué lectura! ¡Qué noche! Las obscenas memorias de una soprano seguidas de los lujuriosos pecados de un tenor... ¡en una sola madrugada!

Algo inaudito me sucedió tras la lectura de estos cuadernos. Y también de ello deseo dejar constancia. Pero lo haré en el *addendum*, tras los cuadernos, para respetar la misma secuencia en que viví los hechos.

Al acabar de leerlos escondí ambos manuscritos, el del tenor sobre el de la soprano, uno encima de otro, como dos cuerpos desnudos amándose en el secreto recoveco de mi celda. No sospeché en aquel momento cuánto sentido tenía que las memorias atribuidas a la soprano Wilhelmine Schroeder-Devrient y la confesión de Ludwig Schmitt von Carlsburg yaciesen juntas...

*

¿Por qué escondió esta confesión el Padre Stefan entre las paredes de su celda? Es imposible conocer esta historia y dejarla reverberar en la conciencia. ¡Cualquiera enloquecería! La escribió para sí mismo. Supongo que fue una especie de exorcismo, una forma de liberarse de sus demonios. Escribir es hablar con todos y con nadie, pero es hablar al fin y al cabo. Y nadie conoce mejor que

un clérigo el poder sanador de la palabra. Supongo que, volcada la confesión en los cuadernos, el Padre Stefan volvería a hallar la paz de su espíritu.

Quizá movido por un deseo de completar lo que el Padre Stefan inició, durante los años que sucedieron al hallazgo dediqué buena parte de mi tiempo a localizar los escritos y la correspondencia de Richard Wagner, el célebre compositor. Me pareció oportuno insertar entre las hojas de estos cuadernos, igual que el propio Padre Stefan hacía con las rosas, todo el material que hallé sobre la gestación y el estreno de una de sus más apasionantes óperas: *Tristán e Isolda*. Estas notas están ordenadas cronológicamente y colocadas en los días cercanos a los sucesos que el tenor relató al Padre Stefan.

De esta forma, si alguna vez este texto alcanza la luz, podrá aprehenderse en su justa medida la increíble sincronía que se produjo entre Ludwig Schmitt von Carlsburg, hoy un olvidado cantante, y Richard Wagner, uno de los más geniales compositores que Alemania ha dado al mundo. Como sacerdote y hombre de justicia sé que el tiempo no es, como se afirma, un juez implacable, sino el más sutil de los cómplices. El tiempo arrincona la verdad de los hechos y se escapa hacia atrás, siempre hacia atrás, hacia atrás... Sí. Tal vez sea ésta una buena forma de definir la Historia: el escondite preferido de la verdad...

Una cuestión que a menudo me he preguntado es por qué transcribió el Padre Stefan la confesión como un dictado, en primera persona. Pensé mucho en ello hasta que me di cuenta de que no podía haber sido de otro modo; así era el Padre Stefan: provocaba su ausencia

para hacerse omnisciente. Porque es imposible no leer estos cuadernos en los que no sale una sola palabra de su boca sin impregnarse de todo su ser; es imposible no recorrer esta historia sin sentir que uno se ha enfundado sus hábitos; sin oír su apaciguada y reconfortante respiración, la que logró abrir del todo el corazón de aquel tenor...

Otro de los asuntos que tuve que averiguar fue qué hacía el Padre Stefan en el lejano Dresde en la época en que debía hallarse en esta abadía de Beuron. Supe por el Padre Ignatius, el más anciano de los benedictinos de esta congregación, que el 18 de julio de 1865 el Padre Stefan hubo de viajar a la capital de Sajonia para atender unos asuntos eclesiásticos de suma importancia. Se alojó en un convento. Es de suponer —y no creo equivocarme— que, debido a la carestía de sacerdotes católicos en el norte de la Confederación Germánica, alguien le localizó ahí. Me imagino que fue molestado y levantado en plena noche.

Puedo imaginarme al Padre Stefan, cual galeno llamado a urgencia, vestirse con sus hábitos en silencio para no negar a un hombre el más tardío de los sacramentos. Puedo verlo sobre el carruaje que lo transportó a través de la ciudad, las calles desiertas a aquella intempestiva hora; puedo imaginarlo cubierto por su capucha de gruesa lana para amortiguar el vapor que flotaba en la noche, ese vapor frío y nocturno de Dresde que, incluso en el mes de julio, confunde la niebla, la lluvia y el aire en un solo fluido; puedo ver en sus manos la Biblia, atiborrada de marcas, que hoy me pertenece; puedo oír los susurros del Padre Stefan, durante el trayecto, repasando

en su mente las frases del ritual de la extremaunción; y puedo casi oír con total claridad a una temblorosa doncella sosteniendo una lámpara de aceite, abriendo la puerta y gritando por el pasillo con agitada voz:

—¡El sacerdote! ¡El sacerdote! ¡Ya está aquí el sacerdote!

CUADERNOS DEL PADRE STEFAN

Estos tres cuadernos recogen la confesión del tenor bávaro Ludwig Schmitt von Carlsburg que yo, Padre Stefan, tuve a bien escuchar tres noches antes de su muerte, acaecida el 21 de julio de 1865.

Transcribí la confesión del cantante en mi celda de la abadía de Beuron durante el otoño del mismo «anno Domini».